

LOS SÍNTOMAS DE LA CIVILIZACIÓN | Manuel Fernández Blanco
Psicoanalista

Zapatero, Rajoy y la hipermodernidad

Jueves 06 de marzo de 2008

Zapatero y Rajoy son unos líderes políticos de la época de la crisis de las ideologías y del triunfo del pragmatismo. Por eso sus discursos privilegian las cifras y la gestión, fragmentada y por bloques como el debate mismo que mantuvieron. No defienden ninguna propuesta general porque, en la era de la globalización, el único valor que no se cuestiona es el mercado. Si nadie cuestiona el sistema, el argumento más contundente contra el adversario es el moral. Por eso, en la época de la exigencia de transparencia, la acusación de ocultar o de mentir es más eficaz que cualquier propuesta política.

Zapatero ha sido acusado de ser un hombre débil, cambiante, que gobierna en función de los intereses de las minorías y que fomenta las reivindicaciones particulares de los colectivos sociales o las demandas territoriales. Este hombre sin cualidades, parafraseando el título de la extraordinaria e inacabada novela de Robert Musil, quiere dar gusto a todo el mundo, lo que hace que su política parezca inconsistente.

Por el contrario, Rajoy es un político que mantiene un semblante a la antigua usanza, por eso defiende el Uno (de la nación española y de la familia, por ejemplo) frente a la multiplicación del todo vale y a la disolución de los valores tradicionales. El problema de este discurso es que se dirige a un sujeto que cada vez existe menos. Para el sujeto actual la coherencia no es un valor absoluto. El sujeto actual solo pide al gobernante que proteja su particularidad, su derecho al bienestar en la diferencia. Por eso cada vez más la labor de gobierno se orienta a la gestión y a la armonización de los intereses de los colectivos particulares.

Actualmente ya no se consumen grandes ideas, se consumen derechos. Y los derechos ya no son de derechas ni de izquierdas. Los derechos, cuando se adquieren, pasan a ser inalienables (a veces no se les puede cambiar ni el nombre, ya que cambiar el nombre -como en el caso del matrimonio homosexual- sería planteado como la pérdida de un derecho). Los derechos son para todos. Que el PP recurra una ley no evita que sus militantes se acojan a ella, lo que puede propiciar una imagen de doble moral. Tampoco los ideales en boga determinan claramente el campo ideológico. Todos los partidos se dicen feministas o ecologistas. Solo compiten en el régimen de la cantidad, de la cifra (quién dará empleo a más mujeres o plantará más árboles).

Zapatero, de algún modo, se adapta mejor a la lógica de la civilización actual, que pasa por hacer de la felicidad privada objeto de protección pública. Por eso su inconsistencia, en la época de la modernidad líquida, utilizando el concepto de Bauman, no parece restarle apoyo y popularidad. Rajoy, al basarse más en valores tradicionales (como la cultura del mérito o la familia tradicional) ve limitado su discurso porque el respeto a la tradición, en la sociedad actual, cede ante la atracción por lo nuevo. Rajoy, defendiendo el Uno frente a la fragmentación, se asienta todavía en la estela de los relatos basados en el Nombre del Padre. Zapatero está más cerca de la feminización general que se desarrolla en la civilización. En esto le lleva ventaja a Rajoy, que tal vez no sabe que lo viril clásico está en crisis en nuestra sociedad. Por eso ya no se encuentran entusiastas de la guerra.



© Copyright LA VOZ DE GALICIA S.A.

Polígono de Sabón, Arteixo, A CORUÑA (España)

R.M. de A Coruña: tomo 2438 del Archivo, Sección General, folio 114 vto., hoja C-2141.

CIF: A-15000649.